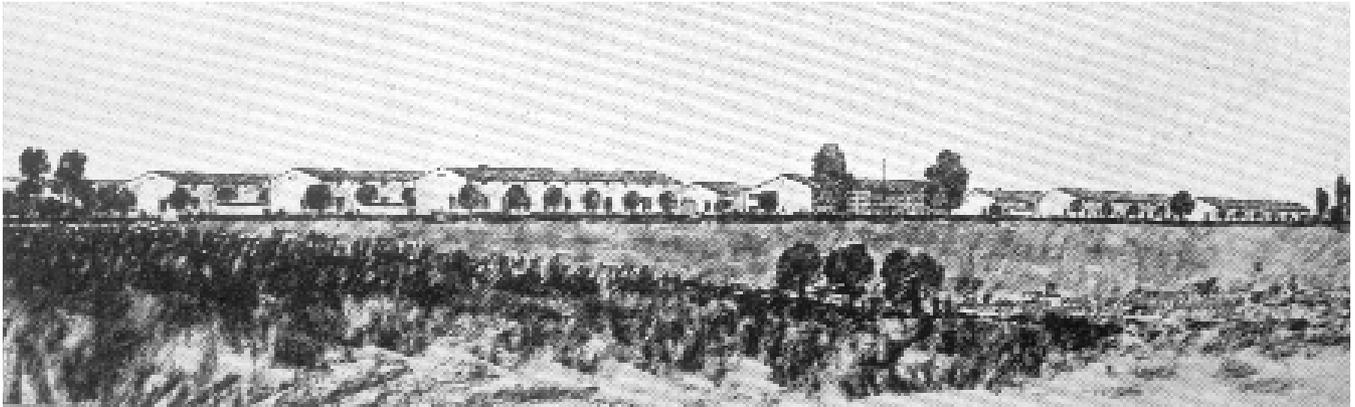


Barricadas de jornaleros o ensayos de urbanistas

El concurso de anteproyectos para poblados en las zonas regables del Guadalquivir y el Guadalmellato

Manuel Calzada Pérez.

Arquitecto. Universidad de Sevilla



Anteproyecto de Luis Pérez Minguez, Jacinto Ortiz y José Lino Vaamonde, arquitectos. Zona del Guadalquivir. Perspectivas.

El presente artículo propone reflexionar sobre la introducción del racionalismo en el pensamiento arquitectónico español a través del diseño del medio rural. Tras situar los criterios de una regeneración arquitectónica vinculada tanto a lo popular como al progreso y la mejora social, se trazarán los problemas reales a los que se enfrentaba la arquitectura más allá de sus autorreferencias disciplinares. Esto pondrá en evidencia la incapacidad de una completa asimilación y comprensión de los cambios arquitectónicos, no sólo entre arquitectos menos vinculados directamente a la propaganda de estos cambios, sino incluso dentro de la vanguardia que más los propugnaban, con el GATCPAC a la cabeza.

En 1919 Torres Balbás anunciaba el comienzo de una era ante la que los arquitectos debían tener los ojos abiertos. La Primera Guerra Mundial había abierto una nueva etapa de cambios sociales, políticos y económicos y la arquitectura no iba a quedar al margen de ellos. El historiador defendía que la anterior búsqueda de un estilo había derivado en disquisiciones eruditas alejadas de la vida y del "alma popular y colectiva, que es, a la postre, la inspiradora de las grandes obras humanas" (citado en Sambricio, 1983: 10). Para conmover a una sensibilidad colectiva había que recurrir a nuevos ideales: el mito del progreso y en la redención de los parias. Torres Balbás abría así el camino de una difícil renovación arquitectónica que tenía claro su punto de llegada -progreso y justicia social-, pero también el de partida -el alma popular, auténtica depositaria de lo nacional-.

Lo popular se entendía en España como la referencia prístina del alma nacional. Lo popular no sólo en oposición a la aristocracia sino, más aún, a la cultura burguesa. La regeneración del país había de fundarse sobre este suelo de asiento seguro, "casticismo vital y profundo (...) que no teme el contacto con el arte extranjero que puede fecundarle"¹. Un casticismo que no se detenía en el rincón pintoresco ni en la recreación insincera de detalles sino que buscaba "la manera de reaccionar nuestra raza respecto a los problemas constructivos" (ibid., 125).

Se iniciaba así una nueva visión de la arquitectura popular hacia la que se volvía para desde allí impulsarse

hacia un futuro prometedor pero incierto. El salto de una arquitectura que hiciera tabla rasa del pasado era tan inaceptable para aquellos arquitectos como renunciar a una madre, por lo que había que buscar un cordón umbilical con la historia válido más allá del eclecticismo. Lo popular se encontraba en la arquitectura anónima de las ciudades y en particular de los pueblos, a los que se acudía, cuaderno en mano y ojos abiertos, para destilar esos invariantes atravesados por el clima, el ambiente y el espíritu propios. Se buscaba extraer de lo vernáculo más que un lenguaje, saber constructivo, y una lección sobre la honestidad formal, la economía expresiva y la adaptación al medio. Todos estos temas se habían ya planteado por las vanguardias con gran aparato propagandístico, y tranquilizaba comprobar que no había nada nuevo bajo el sol.

Por también hubo quienes, a través de una selección interesada de lo vernáculo buscaron afirmar una opción estética preconcebida. La revista *A.C.* del GATEPAC hizo un uso de lo popular no sólo en función de los parámetros de honradez y probidad de esta arquitectura, sino para ratificar un estilo. No se perseguía un parentesco con la patria española -incoherente con la proyección internacional del movimiento- pero sí con una historia genérica mediterránea -que, en todo caso, también era señal de identidad de la nación catalana-. Se presentaban imágenes de pueblos costeros en los que se destacaban los atributos de claridad y orden, la adaptación al clima y

la escala humana. Se proclamaba incluso la belleza de la forma pura en una vivienda mínima de la que sólo se mostraba su exterior. Esta selección era interesada y en modo alguno se habría escogido un ejemplo montaños análogo adaptado al clima pirenaico; difícilmente habría podido responder a los puntos estilísticos del funcionalismo, por muy eficaz que fuera la cubierta a dos aguas ante la nieve. La exaltación máxima quedaba recogida en el titular "IBIZA, la isla que no necesita renovación arquitectónica" (A.C., 1932) que la coronaba como paradigma intuitivo de la arquitectura funcional.

Lo que parecía olvidarse era el estado de deterioro e insalubridad de buena parte de la arquitectura popular, incluso la ibicenca. Ni un sólo ejemplo de plantas acompañaba a la imágenes de la isla; sólo fotografías de volúmenes cúbicos y cuerpos blancos. Y, aunque sin duda se habrían podido escoger ejemplos de racionalidad vernácula también a ese nivel, la arquitectura popular española -en particular la arquitectura rural- adolecía de graves problemas de funcionalidad: habitaciones sin ventilar, ampliaciones irracionales, circulaciones aberrantes, convivencia de bestias y hombres. Eso en el mejor de los casos, cuando un chozo mal construido en una zona inundable no era el único cobijo del campesino. Ni los que intentaban una regeneración de lo nacional ni los que proclamaban el funcionalismo tuvieron reflejos suficientes para abordar por su cuenta el tema de lo popular desde las coordenadas de lo rural productivo. Detenidos ante la nostalgia de una fuente de valores patrios o de una arcadía funcional-estética, los arquitectos no llegaron a dar el salto hacia una visión funcional-productiva. Así que tuvo que hacerlo el Gobierno de la República.

El problema agrario había sido una constante desde finales del siglo XIX y con la llegada de la II República se convirtió en un asunto de urgente solución. El deterioro de las condiciones de vida de los campesinos, en particular en el mediodía español, y una muy desigual distribución de la propiedad -grandes latifundistas y

miseros jornaleros sin nada- arrastraba una larga historia de revueltas sociales. La República puso en juego su credibilidad y supervivencia en este tema e intentó aprobar un conjunto de medidas de reforma agraria que paliaran el hambre de pan y tierras (Brenan, 1943: 295). En juego estaba no sólo un modelo de asentamiento o una mejora de la habitación campesina, sino un pulso a muerte con la oligarquía más conservadora y reaccionaria del país.

Una de las formas de abordar la reforma agraria fue la implantación del regadío y posterior redistribución de las tierras. Con ese propósito se aprobó la Ley de 13 de abril de 1932 de Obras de Puesta en Riego para llevar a cabo actuaciones en cinco zonas regables de Andalucía: valle inferior del Guadalquivir, Canal del Guadalmeollo, Genil, Pantano del Chollo y Guadalcazín. El Plan preveía una acción integral de irrigación y control del territorio que incluía el asentamiento de campesinos para, con el tiempo, hacerlos dueños de sus lotes. El eterno debate sobre vivienda aislada o concentrada, se resolvió en favor de los poblados de campesinos.

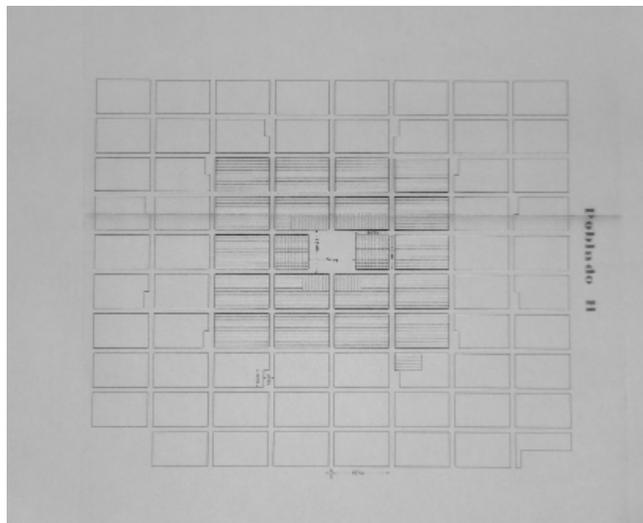
Tras la elección del poblado como modelo de asentamiento había tanto más una cuestión ideológica que urbanística. Las razones expuestas hacían referencia a la mayor calidad de vida de los habitantes o a la economía del asentamiento. Pero estos argumentos, ratificados por la cultura arquitectónica, en realidad ocultaban otras razones de peso. El caciquismo y la iglesia controlaban la vida comunitaria, y aunque había incontables huelgas y protestas, los levantamientos de los jornaleros solían acabar deshinchándose por el hambre o, como en el trágico suceso de Casas Viejas, sofocados cruelmente por la fuerza pública. Un pueblo de obreros agrarios, con sus propias cooperativas de consumo, sus líneas de crédito, escuelas que formaran a los ciudadanos y sin iglesia para el control de almas, se convertía así en una barricada rural ante la explotación de los terratenientes.

Se convocó el Concurso de anteproyectos para la construcción de cinco poblados en la zona regable del

canal del Guadalmellato y ocho en la del valle inferior del Guadalquivir. Inicialmente el Plan había previsto un tipo de trazado aplicable a cada uno de los trece casos diseñado por el ingeniero agrónomo Leopoldo Ridruejo. Pero los pobres resultados y el excesivo esquematismo del trazado hicieron aconsejable la convocatoria del concurso. El tema era novedoso y no había referencias anteriores: los proyectos ganadores quedarían en propiedad del Estado, que diseñaría a partir de éstos el proyecto definitivo.

La bases de la convocatoria fueron objeto de un detenido estudio por parte del ingeniero agrónomo Miguel Cavero, en el que definió el programa de la vivienda y el poblado rurales. Siguiendo criterios estrictamente funcionales, Cavero realizó un análisis que partía de la una unidad de vivienda y terminaba en el trazado del poblado. Aunque sus directrices sobre trazado no fueron incluidas finalmente en las bases del concurso, el estudio se convirtió en referencia obligada para el Instituto Nacional de Colonización, ya durante el franquismo, que recogió la mayoría de los temas allí presentados: orientaciones preferentes; separación de tráficos peatonales y de bestias; jerarquización de vías; el doble uso de la repetición y de la diferencia de la unidad elemental -la vivienda- en la conformación de la manzana y de la calle... Ni una sola concesión se hacía a la nostalgia, y si el lenguaje arquitectónico implícito en las bases derivaba del popular, simplificado, Cavero lo dejaba a la elección de los arquitectos, pues no forma parte sustancial de su estudio ni de su criterio.

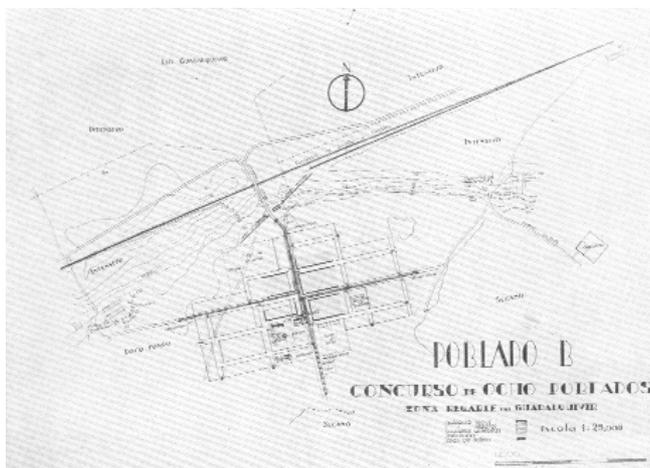
Al concurso se presentaron once equipos, entre los que estaban buena parte de los arquitectos madrileños más involucrados en el debate sobre la construcción de la ciudad. No se presentó ni un sólo miembro del GATCPAC. La casi total ausencia de precedentes de poblados rurales -la Junta Central de Colonización había dejado se ser un referente válido- hizo que la mayoría de las propuestas abordaran el tema dentro de las coordenadas del debate sobre el crecimiento de la ciudad. Los



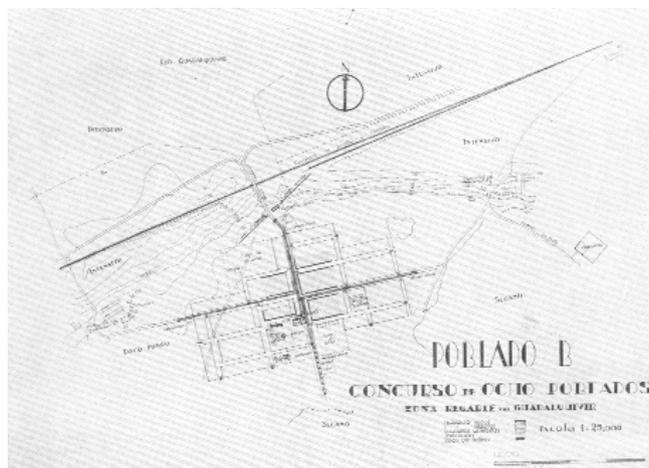
Trazado para poblado H del Plan de Obras de Puesta en Riego. Leopoldo Ridruejo, ingeniero agrónomo. Zona del Guadalquivir.

arquitectos no sólo partieron de su bagaje cultural sino que, por primera vez, se encontraban con una ocasión clara y ambiciosa de desarrollar un tema paralelo: el del asentamiento nuevo o la ciudad satélite. El resultado del concurso fue objeto de un monográfico en el número de diciembre de 1934 de la revista *Arquitectura*, lo cual indica el interés que la convocatoria logró alcanzar en los ambientes profesionales.

El concurso se insertó así en el debate ideológico vivo por entonces en Madrid sobre la forma de crecimiento de la ciudad obrera. La discusión abarcaba, entre otros, temas de planificación regional o la elección del tipo arquitectónico, fuera éste la vivienda en altura -con su visión socialista de la conquista del centro- o en hilera -más cercana a los reformistas sociales-. El poblado rural no exigía un posicionamiento semejante, pues era la única opción que podía contemplar la cultura arquitectónica -y en la que podía participar, desplazando así a los ingenieros agrónomos-. El concurso sirvió entonces



Mapa de zonas regables



Anteproyecto de Fernando de la Cuadra, arquitecto. Zona del Guadalquivir. Poblado B. Planta.

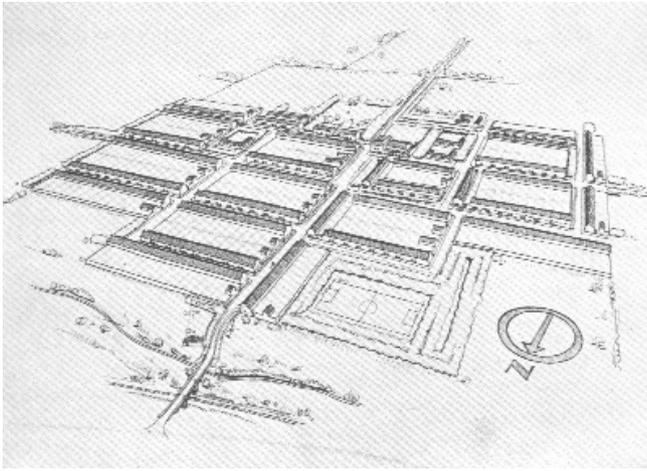
como experimento sobre una forma de crecimiento de la ciudad, en el que participaron arquitectos tanto de izquierdas como de derechas. Pero cabe preguntarse si desde estas distintas opciones políticas se entendió la naturaleza real del encargo y se entregaron como resultado formas arquitectónicas que dieran respuesta a este reto social de barricadas rurales, fuera para potenciarlas o para reprimirlas. O si se era consciente de ello.

La hipótesis planteada sería así cómo a las formas generadas por la cultura burguesa se oponían otras concebidas desde una ideología proletaria. No se compara en este caso a la ciudad burguesa del ensanche con sus alternativas, sino a distintas alternativas entre sí. Pero entender que existe una diferencia ideológica entre las formas derivadas de la ciudad jardín -con su gusto burgués por lo pintoresco- y las del funcionalismo estricto -dedicadas a resolver los problemas de la habitación desde parámetros productivos y numéricos- implica mezclar dos concepciones distintas: la estética y el método; o, dicho de otra manera, la primacía de la forma o de la función. También resulta arriesgado -en este caso erróneo- el movimiento contrario, es decir, asociar al

método -al funcionalismo- una estética y un lenguaje determinados, y defender que esa estética era propia no sólo de su tiempo, sino de la clase obrera.

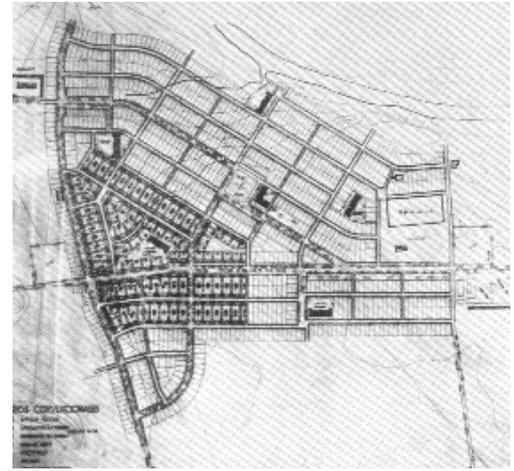
Con esas precauciones, establecemos la siguiente hipótesis: la preocupación por la forma se podría asociar más a una cultura burguesa; la función como criterio principal para abordar el problema de la habitación de las masas -también de las masas rurales- sería objeto de posturas más próximas al marxismo. Esta última opción era el desafío que planteaba el concurso, tanto más presente ante las dificultades presupuestarias y sociales con las que se enfrentó la reforma agraria. Pero no se buscaba una función estricta, que sólo abordara los problemas de mínimos habitacionales o viarios, sino que propiciara también un desarrollo completo del ciudadano rural. Para los arquitectos, el reto era grande. Reunir en un mismo proyecto las tres exigencias planteadas por Torres Balbás: cultura popular, progreso, redención de los parias.

Analizar el concurso a la luz de estas hipótesis implica desplegar la dicotomía implícita en la oposición forma-función: manzana cerrada vs. hilera; geometrías



Anteproyecto de Fernando de la Cuadra, arquitecto. Zona del Guadalquivir. Perspectiva del poblado B.

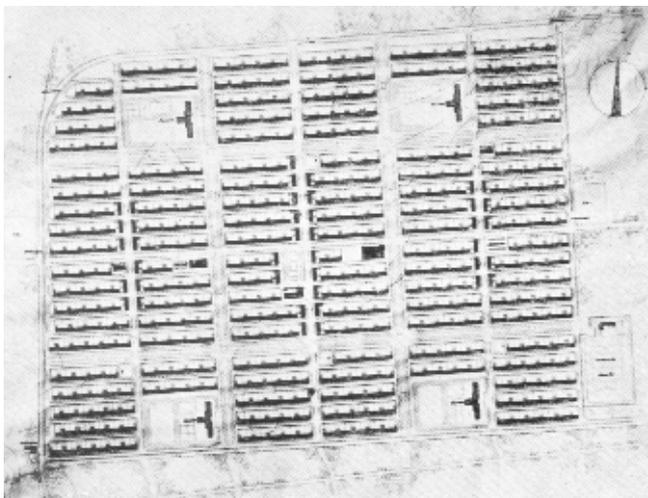
recreativas vs. ortogonalidad; vivienda como célula generatriz vs. trazado como objetivo; incluso recreación de la ciudad vs. orden de la producción. El argumento, llevado a sus extremo implica una devaluación del individuo proletario en favor de la comunidad, que se convertía así ésta última en el motor del progreso. No pretendía llegar a tanto la República, y así parece entenderlo la propuesta de Pérez Mínguez, Jacinto Ortiz y Lino Vaamonde. El proyecto era inflexible en el uso de la vivienda como célula de generación de la trama y en el consecuente esquema viario de funcionalidad máxima, aunque acaso poco económica. El trazado, sin embargo, y sin no desviarse de la regla establecida, ofrecía matices tanto en el uso y situación de los edificios públicos, en el remate de las hileras o en la distribución de los espacios abiertos. El otro ejemplo más destacado de implantación de una ley clara es el de Fernando de la Cuadra. El arquitecto andaluz realizó un planteamiento estrictamente racional en el trazado, regido por la orientación y un esquematismo no exento de detalles, ante el que luego desplegó un lenguaje popular simplificado. En todo caso, su atención no se prestaba al detalle ornamental, sino a las distintas



Anteproyecto de S. Esteban de la Mora, Luis Lacasa y Jesús Martí, arquitectos, y E. Torroja, ingeniero de caminos. Zona del Guadalquivir.

adaptaciones de la ley de trazado a cada uno de los casos particulares. Tal vez su proyecto fuera, mejorado, el más parecido a los planos de Ridruejo, que se encontraba en el jurado del concurso. De la Cuadra fue premiado *ex-æquo* en la zona del Guadalquivir junto al equipo de Lacasa.

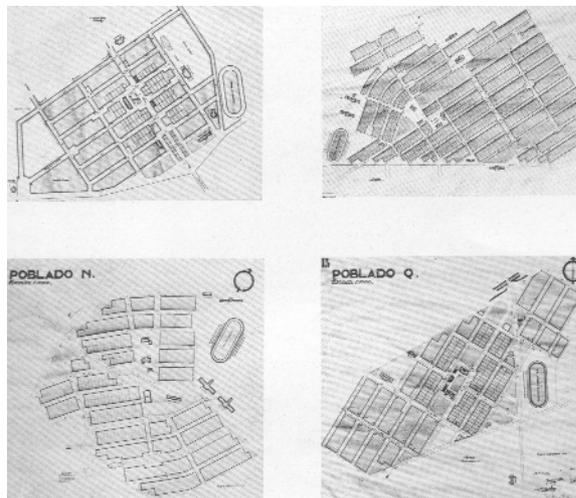
Las propuestas formalistas, con su mayor flexibilidad y gusto por lo anecdótico, parecían conjurar el peligro de una excesiva deshumanización del individuo y del asentamiento. Arillana, Zavala y Martín Domínguez ofrecían una alternativa de hileras de vivienda de gran regularidad, pero que no evitaba giros puntuales o remates en el trazado que, junto a una articulada distribución de los espacios públicos, acentuaban en lo posible los elementos de singularidad. Más matizado era el equipo de José Fonseca en los mecanismos de diversificación, con mínimas alteraciones en el trazado o en la forma de las manzanas que no afectaban a los criterios de parcela u orientación. Sin llegar a los extremos académicos de algunos proyectos, la propuesta de César Cort y su equipo planteó un ejercicio más próximo a la reforma interior, implantado de manera insólita en el medio rural.



Anteproyecto de Luis Pérez Minguez, Jacinto Ortiz y José Lino Vaamonde, arquitectos. Zona del Guadalquivir.

El equipo formado por Lacasa, Esteban de la Mora, Jesús Martí y Torroja, desarrolló un ensayo sobre la forma de la ciudad satélite. Desde posiciones ideológicas indudablemente próximas a las del gobierno republicano, la propuesta era, sin embargo, una puesta en práctica de conocimientos importados, que aprovechaba el concurso como un laboratorio de forma urbana. Este equipo parecía querer utilizar cada una de las singularidades del emplazamiento -curvas de nivel, caminos, arroyos- e incluso inventar o forzar nuevas excusas para generar dobles tramas, anécdotas formales y la variedad, en fin, de los trazados. La propuesta desmiente así la hipótesis planteada de asociación entre las formas de la ciudad jardín con una ideología burguesa, o bien confirma que los arquitectos no eran plenamente conscientes de su posible uso ideológico o incluso que su formación profesional tenía siempre, independientemente de su filiación política, un fondo de *status quo* difícil de erradicar.

El presente artículo ha ofrecido sólo un esbozo sobre el tema. La desaparición de las memorias de los proyec-

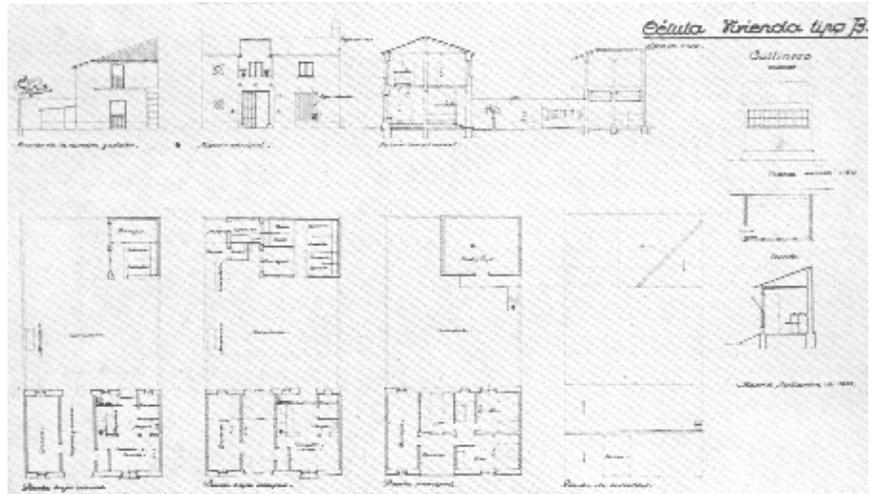


Anteproyecto de Alfonso Fumgairiño, José Fonseca, Gaspar Blein, Gonzalo Cárdenas y José Sanz, arquitectos; Ángel Arrue y Eladio Aranda, ingenieros agrónomos. Zona del Guadalmellato.

tos dificulta la comprensión de las intenciones de los autores. De especial interés resultaría haber realizado un análisis del uso del lenguaje popular, común a todas las propuestas, pero con diferentes e interesantes declinaciones, como la ofrecida por el equipo de Martín Domínguez, a medio camino entre lo pintoresco y una sorprendente y simultánea abstracción de algunos de elementos -aleros, hastiales, la propia teja-. El estudio en cada propuesta sobre la parcela mínima, el análisis pormenorizado del programa residencial y su primacía o subsidiariedad en el trazado, ayudarían a entender con mayor nitidez hasta qué punto se respondió en cada proyecto al programa explícito y al desafío implícito que hacía la República. En todo caso, cabe concluir que el tema del hábitat rural no había sido estudiado hasta ese momento, y si los resultados se movieron más en torno a propuestas formales y acaso no supieron responder con plena satisfacción a las propias coordenadas de la época -las dibujadas por Torres Balbás y las exigidas por la República-, sin duda abrieron una reflexión que se



Anteproyecto de José María Arrillaga, Juan de Zavala y Martín Domínguez, arquitectos. Zona del Guadalmellato. Perspectivas de poblado Q.



Anteproyecto de Alfonso Fumgairiño, José Fonseca, Gaspar Blein, Gonzalo Cárdenas y José Sanz, arquitectos; Ángel Arrue y Eladio Aranda, ingenieros agrónomos. Zona del Guadalmellato. Vivienda tipo B.

prolongaría posteriormente con los estudios de Fonseca y más tarde en las realizaciones del Instituto Nacional de Colonización. Además, el concurso sirvió de punto de llegada y cristalización de influencias extranjeras y constituyó un referente para futuras actuaciones, fueran éstas las ciudades satélites proyectadas para Madrid durante la Guerra Civil o la posterior actuación de Regiones Devastadas e incluso del INV. La apropiación que el franquismo hizo de estos ejemplos republicanos, en todo caso, abren nuevos interrogantes sobre el vaciado ideológico de la forma y sus propios límites.

Referencias bibliográficas

- A.C. "Ibiza, la isla que no necesita renovación arquitectónica" A.C. Año II, nº 6. Barcelona: segundo trimestre de 1932
- Arquitectura*, XVI, 10. Madrid: diciembre 1934
- Brenan, Gerald *El laberinto español*. Barcelona: Plaza y Janés, 1943, (ed. 1996)
- Diéguez, Sofía *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*. Madrid: Cátedra, 1997
- Sambricio, Carlos *Cuando se quiso resucitar la arquitectura*. Murcia: Comisión de cultura del Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos; Galería-Librería Yerba; Consejería de cultura y educación de la Comunidad Autónoma, 1983